



LA MADRE.

EPISODIO DE LA BATALLA DE TRAFALGAR.

ERA un domingo, 20 de Octubre de 1805. El día se había ataviado de su más brillante esplendor. La muralla gualda que circunda á Cádiz como un arco de oro se hallaba llena de gentes que tendían sus miradas hacia la bahía; pero sus semblantes abatidos, sus labios silenciosos, contrastaban con el alegre azul del cielo.

La escuadra combinada, que constaba de quince navíos españoles y 18 franceses, salía del puerto. Sus venas henchidas de esperanza y denuedo, sus ligeros y gallardos pabellones, don precioso de la patria, que llevaban como penachos, hacían que se asemejasen estos soberbios buques á caballeros armados, marchando para un torneo con pasos lentos, mesurados y orgullosos. El mar centelleaba con los vivos rayos del sol. Un viento fresco y ligero acariciaba como un niño su brillante superficie; el cielo estaba puro y sereno como si jamás debiera estar manchado y turbado por la tempestad.

En el balcon de una de las casas del hermoso barrio de San Carlos, que el hombre ha impelido en medio de las olas sobre poderosos cimientos, en uno de sus balcones verdes como el mar, llenos de flores como cestas, se hallaba una mujer, ora clavando sus ojos en una imágen de la Virgen del Cármen, que colgaba en el testero de la sala, ora dirigiéndolos sobre el mar, surcado por los navíos como por sus señores. De tiempo en tiempo un cañonazo interrumpía el silencio de esta grandiosa escena, de estos solemnes momentos que preparaban á la historia una de sus más fúnebremente brillantes páginas, y á la gloria de España una corona de ciprés. Las bocas de bronce decían: ¡adios! ¡adios, amada! á la jóven que, encerrada en su estancia toreaba con angustia sus blancas manos; ¡adios amigos y compatriotas, á los que reunidos para verlos salir, los seguían con sus miradas, sus votos y sus esperanzas; ¡adios patria! á aquella mujer solitaria é inmóvil en su balcon, le decían: ¡adios, madre!

A pesar de la apacibilidad del día, los expertos é inteligentes marinos españoles previeron la tempestad, y los Generales Gravina, Cisneros y Alava hicieron presentes sus

observaciones al almirante Villeneuve, comandante en jefe de la escuadra combinada.

“Todas las circunstancias lo resisten—dice en el sermón que en las honras fúnebres del general Gravina predicó el doctor Ruiz y Roman;—todas las circunstancias lo resisten, Gravina las ve, les pronostica un desastre, mil muertos se ofrecen á su vista; más excediendo á su propio juicio su obediencia, contesta cual otro Macabeo:—“Léjos de mí la fuga ni algun temor cobarde, y si es llagado el término de mi vida, moriré con valor y sin manchar mi gloria.”

El almirante insistió. Sabía que iba á ser destituido por Bonaparte; pocos momentos le quedaban de mando, y quiso aprovecharlos para vencer ó morir.

¡Cuántas lágrimas y cuánta sangre costó ese desesperado proyecto, proyecto heroico si hubiese sido individual!

La señora de C... viuda de un general de marina, tenía tres hijos; todos tres seguían la gloriosa carrera de su padre, y partían en esta armada para arrostrar la furia de los elementos, de los combates y la brillante estrella de Nelson. Fijaba sus tiernos ojos de madre, deslustrados por las lágrimas, en aquellos buques, obras de la temeridad, juguetes de la fortuna, y volvía despues á la Virgen, depositando á sus pies su inmenso dolor, implorando su intercesion poderosa con el árbitro supremo y universal.

No escuchaba ni veía á su lado á la anciana María, ama de aquellos; perteneciente á la familia, si no por los vínculos de la sangre, por los del corazón.

—Señora—decía la anciana, sumiéndose las lágrimas con un valor y abnegacion de que sólo es capaz el más profundo cariño,—¿es por ventura la primera vez que los veis salir al mar y los habeis vuelto á ver buenos y salvos? ¿Habeis perdido vuestra confianza en la Virgen del Cármen, en nuestra mediadora? ¿Queréis morir de pena ántes que vuelvan? Vamos, valor, como compete á la viuda y á la madre de valientes marinos; confianza en Dios, como compete á la buena cristiana.

Y María procuraba sonreirse, pero esta sonrisa era un último esfuerzo; alejábase con el corazón destrozado y se acercaba á otro balcon para fijar sus ojos por entre las celosías sobre aquellas barcas que le parecían lúgubres cual féretros.—¡Ay, hijos míos!—murmuraba entre sollozos;—nosotras, que os hemos preservado con tanto esmero del menor viento; nosotras que os lavábamos con

agua templada, de miedo que os constipase el frío; nosotras, que vigilábamos vuestro sueño como el de un enfermo; que no os dejábamos ir solos ni aún á la escuela! ¡A qué tantos esmeros y cuidados si ahora tenemos que veros ir á arrostrar esas muertes acopiadas como haces de armas! ¡Ah! ¿Por qué esas vidas que arriesgan los hombres como dinero al juego, han de tener raíces en el corazón de una mujer?

Y luego María secaba sus ojos, apartaba de su frente sus cabellos blancos, serenaba su semblante y se acercaba á su señora para procurar consolarla.

Apénas se halló la escuadra en ancha mar, cuando empezaron á cumplirse los vaticinios de los marinos españoles. Se levantó un fuerte viento del Sudeste y gruesas gotas de lluvia vinieron á anunciar la tempestad. Pero en vez de regresar al puerto, el almirante Villeneuve mandó acortar velas y seguir al encuentro de la catástrofe, como un ciego su camino hacia un precipicio, y tal es la fuerza del honor, que 33 buques, ricos de vidas preciosas, siguieron la voluntad de un solo hombre, que ciego de despecho los llevaba á una muerte segura.

Apénas se enlutó el cielo, apénas empezó el mar á levantar su seno agitado y terrible, lanzando sus olas sobre las rocas y contra la muralla, debajo de la ventana de la pobre madre, cuando cayó ésta aniquilada sobre una silla. Sus ojos estaban secos y desalentados; sus miembros temblorosos é inertes; sus labios mudos y descoloridos. María se apresuró á meterla en el lecho y á prepararle un calmante, despues cerró puertas y ventanas para aminorar en lo posible el pavoroso ruido de la creciente tempestad. Su señora, abrumada y anonadada por su terrible ansiedad, quedó por algunas horas en un estado semejante á un letargo. María se había hincado de rodillas ante la imágen de la Virgen, y extendía los brazos hacia ella como si llevase en ellos á su Manuel, niño de doce años, que casi salía de la cuna para arrojarse en este caos de peligros, pequeño guardamarina que poco tiempo ántes saltaba de gozo al vestir su uniforme y al adornarse con galones de oro, como se adorna una víctima con flores.

Sólo interrumpían el silencio, el bramido de las olas subido al diapason de la ira y de la amenaza y el aterrador aullido del huracán que empezaba, crecía, se hacía poderoso, luego flaqueaba y desmayaba en un lúgubre estertor.

De repente la señora de C. . . . lanza un penetrante grito, se arroja fuera de su lecho, y cae convulsa á los pies de la Virgen en brazos de María.

¡Ha oído un cañonazo! ¡El siniestro sonido se repite y se multiplica! ¡No; ya no cabe duda: es la muerte que se envían los hombres al través de la tempestad; es el grito fúnebre de su furia que resalta sobre la poderosa voz de los elementos embravecidos. Es el reto de una loca audacia á todos los peligros reunidos; pues como dice D. José Ruiz y Roman, las aguas suenan y se conturban; encapótase el cielo, y medrosas sus nubes, aún los hombres se ensangrientan y encarnizan. ¡Qué escena! Donde quiera que se espere la vista no se ve más que horror.

El cañon truena; abordajes aquí; allá naufragios; incendios á este lado: fuego por todas partes; cadáveres: destrozados: ¿podeis enumerar víctimas? La tierra gime; el mar brama; el aire rugie; la humanidad llora, y enojada la naturaleza misma, suelta su cólera, sus tempestades y sus vientos. ¡Llorad, naves del mar; sólo quedan ruinas de nuestras fortalezas!

Seis horas duró este combate aterrador, que empezó en la altura del Cabo de Trafalgar, y arrastrado por las corrientes vino á concluir á ocho millas de Cádiz, combate que no tiene semejante en los fastos de la historia en valor, honor y desastres! . . . Oigase lo que dijo con gran elocuencia el doctor D. Manuel Fernández Varela, en la oracion fúnebre que en las exequias generales que por las víctimas de este combate se celebraron en el Ferrol, predicó:

“Entre tanto, las dos escuadras se acercan, se observan y se amenazan. ¡Jamás se han visto unas fuerzas tan respetables reunidas sobre las aguas! La mar gime oprimida con su peso y desaparece bajo sus velas! ¡Diriase que eran dos grandes pueblos, que conducidos por una virtud prodigiosa, caminaban con majestad á disputarse el dominio de la inmensa llanura que los rodeaba! Por último, llega el fatal instante de dar principio á la accion. La una quiere acometer atrevida: la otra la espera intrépida; rompe ya el terrible fuego por una y otra parte. ¡Truena el cañon espantoso! ¡La tierra tiembla de susto, retumban las bóvedas del firmamento, toda la naturaleza se estremece, y el español denodado conserva su serenidad en medio de la borrasca!

“¡Qué asombro! ¡Qué intrepidez y qué entusiasmo se deja ver en los semblantes de todos! ¡El amigo tropieza con el cadáver de su amigo y no se altera! ¡Oye el marino el silbido de la bala que se roza con su cuerpo, y se mantiene impávido! Aquí un general cubierto de su misma sangre, desprecia sus heridas y sigue dando órdenes; allí se ve sostener á otro su navío sin tener ya casi gente; arranca una bala la bocina de la mano á un comandante y él pide otra sin turbarse; maltrata mortalmente á otro un golpe de metralla y no quiere abandonar su puesto; queda sin jefes un buque, y no por eso se rinde; caen á los pies de un artillero ocho camaradas suyos y no desfallece. Aquí se anega un navío y no quieren arriar la bandera; allí se va á pique otro con la suya enarbolada. ¿Qué es esto, Dios eterno? ¿Cabe en el corazón de los mortales tal valor y resistencia?”

La infeliz madre, en una triste agonía, se estremecía al oír cada nuevo cañonazo, los que, unidos al rugir de la tempestad tenían petrificados de asombro á los pálidos habitantes de Cádiz.

Hacia la noche cesaron los cañonazos; pero esta suspension, unida á la continuacion de la tempestad, ¡era el callar de la muerte! ¡Qué noche para la pobre madre! ¡Noche sin fin como la eternidad, llena de dolor y angustia como la agonía!

Por fin, los primeros rayos del día, día tan temido como deseado alumbraron, cual cirios á un cadáver, el horroroso espectáculo

que se presentaba á los ojos de la inconsolable Cádiz. En la costa opuesta yacían el *Bucetauro*, el *Neptuno*, el *Baltama* y el *Aguila*. Lanchas remolcaban trozos mutilados de otros buques; ¡las playas se iban cubriendo de cadáveres!

En vano intentó María impedir que su señora se precipitase al balcon. Las ardientes y desatentadas miradas de la pobre madre se fijaban en aquellas masas informes, ¡que el día antes había visto salir tan hermosas, erguidas y confiadas!—¡El gran naufragio estaba consumado!

El horror había helado en los labios de la cristiana María aun los consuelos religiosos. La Señora de C. . . . se echó atrás cubriendo su rostro con ámbas manos, y se dejó caer en el inmediato asiento, exclamando: ¡Ya no tengo hijos, Dios mío; Dios mío, ten compasion de mí!

Dios oyó aquel grito destrozador del corazón de una madre. En aquel momento se sintieron pasos precipitados; María da un grito y la Señora de C. . . . se halla en brazos de uno de sus hijos. Entónces se agolpan á sus ardientes y secos ojos sus lágrimas, y lo estrecha sobre su pecho como si los peligros á que ha escapado viniesen á arrancárselo de nuevo. Aún no ha podido hallar goce su felicidad, cuando de nuevo se abre la puerta y el mayor de sus hijos se presenta ante sus fascinados ojos. Entónces ella se levanta arrebatadamente, y en ardiente voto de gratitud se precipita á los pies de la Virgen, sofocada por su emocion. Sus hijos la levantan y sostienen en sus brazos. María acerca con trémula la mano un vaso de agua á los trémulos labios de su señora. Pero ¡qué felicidad, por grande que sea, hizo jamás olvidar á una madre al hijo por quien tiembla?

—¿Y vuestro hermano?—pregunta á los recién entrados;—¿y vuestro hermano? ¿qué es de ese hijo de mi corazón?

Sus hijos callan.

—¡Ay!—gime la madre acongojada—¿No respondeis? ¡Ya lo veo! Ese niño apenas entraba en la vida ha hallado una horrorosa muerte en sus umbrales! ¡No me lo oculteis! ¡Decidme la terrible verdad! ¿Dónde está? ¿Dónde está mi Manuel?

—¡Aquí estoy!—gritó una voz conmovida é infantil, y su hijo menor se echa en sus brazos y se refugia en el seno de su madre como para olvidar los horrores que acababan de agitar su jóven alma.

Entónces los ojos de la madre se secan, no brilla en ellos la felicidad, ni los enturbia el dolor. Su semblante ha poco tan expresivo por diversas emociones, quedó en calma como la mar que el Norte heló. Sus ojos miran indiferentes á los hijos que la rodean; sus brazos inertes se desprenden de ellos; su rostro, inmóvil reflejo de sus vehementes sensaciones, se torna frío y estúpido.

—¡Ah, Dios mío, Dios mío!—exclamó aterrado el mayor de sus hijos: qué imprudencia ha sido la nuestra!

¡Sentimiendo tardío! Aquel corazón de madre tan tierno y tan padecido no pudo soportar tanta felicidad!

Había perdido el juicio.

FERNAN CABALLERO.

BLANCO.

Llega al altar la vírgen inocente
Con un halo de luz en la cabeza,
Y el celestial fulgor de la pureza
En el marfil de su apacible frente.

Cuando junta las manos reverente
Y su oracion á murmurar empieza,
Se duda si es un ángel el que reza
O un ensueño que flota en nuestra mente.

Hay fé en su alma que la paz corona,
Y en su cuerpo, modelo de estatuaria,
Hay tambien beatitudes de madona,
Se alza el incienso en onda solitaria
Y sube en la cancion que el coro entona,
Como blanca paloma su plegaria.

LEYENDAS Y Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXVII

EL PRIMER OBISPO.

La grey del Señor crecía, los negocios se multiplicaban y la distancia de la Metrópoli impedía el pronto despacho de los negocios que no estaban bajo la jurisdiccion del Cura y Juez eclesiástico de esta ciudad.

Las visitas pastorales eran allá de tiempo en tiempo y llenas de penalidades para los prelados, y más que todo, cansadísimas, por el sinnúmero de negocios pendientes, de largo tiempo unos y de difícil solucion otros.

De aquí que la necesidad exigía ya un pastor que cuidase del rebaño, el cual fué el Ilmo. Sr. Dr. D. Bernardo Zárate, tomando las riendas del nuevo obispado erigido por la Santidad del Señor Pío IX segun la Bula que da principio: “*Cunctis ubique*” dada en Roma el 7 de Febrero de 1862. [1]

La ereccion le fué encomendada al Ilmo. Sr. D. José María Díez de Sollano, Obispo de Leon. Sus apostólicas letras contenidas en 28 párrafos y publicadas en 1.º de Junio de 1864, pusieron á la iglesia de Querétaro de acuerdo en todo lo relativo á la ereccion de la nueva Diócesis.

Nació nuestro primer Obispo en México el 20 de Agosto de 1796. Fueron sus padres D. Estéban Ramon, vizcaino, vástago de la ilustre familia que con sus bienes contribuyó á la guerra de los sarrasenos, [2] y D.ª María Josefa López de Arizmendi.

Hizo sus estudios en el Seminario de México, obteniendo el primer premio en gramática, filosofía, cánones y moral.

Fué catedrático de cánones seis años, contando entre sus discípulos célebres, á los Sres. Cárdenas, Silva y Ortega.

Se ordenó el 8 de Diciembre de 1819. Estuvo de penitenciario en el Sagrario, entró al cabildo de México como prebendado y ascendió hasta maestro-escuelas, de cuya dignidad no quiso ascender, renunciando la chantría.

Se recibió de abogado y el 2 de Febrero de 1837 se burló en cánones.

Fué consultor de la Mitra, defensor de matrimonios, sinodal del Arzobispado, tres veces gobernador de la Mitra, vicario capitular (3) á la muerte del Ilmo. Sr. Garza, propuesto para Arzobispo, (4) cancelario de la Universidad, diputado y capellan 39 años de Santa Teresa la Antigua.

Se consagró en la capilla del Señor de Santa Teresa el 17 de Abril de 1864, por el Ilmo. Sr. Labastida.

No pudo desde luego dirigirse á su diócesis, [5] lo cual le ocasionó serios disgustos con el emperador Maximiliano.

(1) Fué nombrado primer Obispo de esta Diócesis por S. S. Pío IX en el consistorio del 16 de Marzo de 1863.

(2) Así lo dice el Sr. Canónigo de la Colegiata, Pbro. D. Vicente de P. Andrade, en sus notas á las “Noticias de México,” por Sedano, edicion de LA VOZ DE MEXICO, 1880.

(3) El 21 de Enero de 61 fué desterrado por Juárez el Ilmo. Sr. Arzobispo de México Dr. D. Lázaro de la Garza y Ballesteros, así como otros ilustres prelados, y en esta vacante gobernó aquella mitra en union del Dr. D. Manuel Moreno y Jove, hasta fin de otoño.

Más tarde, el 5 de Mayo de 62, al saberse el fallecimiento del Ilmo. Sr. Garza, entró á gobernar la Mitra hasta el 6 de Julio de 1863.

Por comision del nuevo Arzobispo Dr. D. Antonio Pelagio de Labastida, siguió gobernando la Mitra hasta que aquel Ilmo. Sr. tomó posesion.

(4) El 11 de Junio de 63 salió solemnemente el Corpus en México por primera vez despues de estar ésta solemnidad prohibida por Juárez y vuelta al antiguo régimen segun las leyes del Imperio. En ella llevó el Divinísimo Señor, el Ilmo. Sr. Zárate, electo ya Obispo de esta nueva Diócesis.

(5) Gobernó mientras el vicario foráneo Lic. Pbro. D. Luis Borja.

Por fin vencidos los justos obstáculos que lo detenían en México, entró á esta ciudad el 31 de Enero de 1865.

Poco ántes de llegar á la Cruz se bajó de la diligencia y entró á este templo en donde cantó un solemne *Te Deum*. De allí fué llevado procesionalmente á la parroquia de Santiago (hoy del Sagrario) bajo de palio, cuyas varillas eran sustentadas por personas de la mejor sociedad.

Lo acompañó la clerecia, autoridades civiles y eclesiásticas y un gran concurso de pueblo. La ciudad fué adornada con inusitada galanura y con especialidad la estacion, en la cual formó valla la tropa desde su entrada hasta la casa que se le había preparado.

Publicó una pastoral el día de su consagracion y un edicto el 7 de Octubre de 1865. Erigió el Seminario segun se hizo mención en la leyenda respectiva, y habiendo emprendido la visita del Obispado que iba á fundar, contrajo en San Pedro Toliman una enfermedad intestinal, por lo que fué llevado á México en busca de alivio.

Durante su enfermedad pedía mucho á Dios que muriese en esta ciudad y lo dejase llegar al 8 de Diciembre para predicar en esa fiesta sobre el Dogma de la Inmaculada Concepcion.

Contados fueron los días que no celebró el Santo Sacrificio en su enfermedad. El 26 y 27 de Junio de 1866, pudo aún celebrar y dar gracias con su acostumbrado fervor, siendo el 29 la última vez.

El 9 de Julio ya no pudo rezar el oficio divino, ni el rosario, y por fin entregó su alma á Dios á la una y media de la mañana del 21 de Julio.

Su cuerpo fué embalsamado y remitido á Querétaro, depositándolo en la Congregacion, donde estuvo expuesto y allí se le hicieron sus solemnes honras fúnebres.

En Agosto fué trasladado á la Catedral en solemne procesion fúnebre, siendo sepultado con lucido funeral en la capilla del lado del Evangelio, cubriendo su sepulcro una inscripción latina.

Gobernó esta Iglesia dos años cinco meses y veinte y tres días. [6]

Tal fué el primer pastor que tuvo esta Diócesis, y quien cimentó la Iglesia, dejándola huérfana apenas al dar quizá el primer paso, con sentimiento general de sus hijos.

(6) En este corto tiempo confirmó 50,000 personas.

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso francés por J. Racine. Traducida al castellano, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ESCENA OCTAVA.

Assuero, Esther, Elisa, Thamar, Hydaspo y parte del coro.

HYDASPO.

Los sabios caldeos, Señor,
Por vuestra orden llamados,
Reunidos en esa pieza
Aguardan vuestros mandatos.

ASSUERO.

(A Esther.)

Un sueño extraño, princesa,
Mi espíritu ha conturbado,
Y como á vos interesa
Debeis oír explicarlo:
Venid, trás un rico velo
Oculta podreis estaros
Y á los avisos del cielo
Unan sus fulgentes rayos
El socorro poderoso
De vuestros consejos sabios,
Pues que temo receloso
Por vos, por mí del ingrato
Enemigo cauteloso,

El pérfido, artero lazo.

ESTHER.

Sigueme, Thamar. Vosotras
Tímidas, castas doncellas,
Sin miedo á profana corte
Esperad aqui mi vuelta:
Al abrigo de este trono
Daño ninguno os espera.

ESCENA NOVENA.

(Esta escena parte es declamada y parte cantada)

Elisa, parte del coro.

ELISA.

¿Cómo juzgais ahora, hermanas mías,
Nuestro presente estado?
¿Quién el llanto trocara en alegrías?
¿A quién el triunfo es dado?
¿A Esther ó á Aman? ¿Es Dios ó son los hombres
De quienes hoy los nombres
En sus obras veremos fulgurar?
Bien habeis conocido
Como del rey temido
Se vió la ira en su faz relampaguear.

UNA ISRAELITA.

El furor en sus ojos pareciendo
Iba su clara luz desvaneciendo

OTRA.

Y en su ira terrible
Era su voz como de trueno horrible.

ELISA.

¡Y cómo se ha cambiado en apacible!

Una israelita canta.

Un momento su cólera ardiente
Ha tornado en la dúcida paz
Y ese leon tremebundo y rugiente
En cordero apacible y leal.
Dios sin duda ha derramado
En su fiero corazon
El espíritu anhelado
De dulzura, paz y amor.

El coro canta.

Dios sin duda ha derramado.

La misma israelita canta.

Como el dócil arroyuelo
De hábil mano dirigido,
Va en su curso sometido
Todo un campo á fecundar:
Así el Dios de tierra y cielo
Nuestro Arbitro Soberano,
Bien sabe el orgullo humano
De los reyes gobernar.

ELISA.

Ah! pero cuanto temo, hermanas mías,
Que oscurezcan del príncipe los ojos
Esas nubes impías
Que lo tornan terrible en sus enojos!
Del culto de los dioses insensato
Ciego está, en su misérrimo arrebató!

UNA ISRAELITA.

Y no jura jamás sino por ellos,
Por tales nombres para siempre odiosos.

OTRA.

Y de los astros ama los destellos
Y cultos mil les rinde ignominiosos.

OTRA.

Las figuras adornan su palacio
De los astros que pueblan el espacio.

El coro canta.

Al Señor que á los hombres formará,
¡Desdichados! dejais de adorar
¡Y á la obra que el hombre labrará
Vuestros cultos quereis tributar!

Una israelita cantando.

¡Dios de Israel! ¡disipando esta sombra
Nuestro llanto os podrá conmovér?
Que sea el Orbe magnífica alfombra
De su inmenso, divino poder.
Que se acate esa noche sombría
Ese manto luctuoso al correr;
Torna al mundo la luz y alegría;
No te ocultes, de séres el Sér.

Una adolescente israelita.

Hermanas mías, en voz baja
Hablemos, no sea que acaso
Esté alguno sorprendiendo
Nuestras confidencias canto
Y, ¡oh cielos! ¡qué sería
De nosotras, si contando
Nuestros discursos al rey
Despierta su ceño airado?

(Continuará.)

LA OPIATA

DE
SATANAS.

I

ALLA, por los años de mil y no sé cuántos, empezaron á resentirse de una manera notable los negocios de la casa de Lucifer, Botero y compañía.

Se ignora la causa; pero ello es que en poco tiempo se observó en el establecimiento tan extraordinaria baja que hasta los condenados más apáticos y menos interesados en el progreso de la república dieron en murmurar de lo que consideraban indicio seguro de la mala administracion. Quién lo achacaba á connivencias con el enemigo; quién á subvenciones recibidas para hacer la vista gorda, y no faltaron socarrones que aseguraron ser todo efecto de que Lucifer era ella viejo y sólo servía para cazar moscas con el rabo. Sin embargo, nadie se hubiese atrevido á gastar esta broma en las barbas del terrible rey, que, tridente en mano y con un puro en la boca, paseaba en aquellos momentos sus malas intenciones por una de las galerías más profundas de su palacio, haciéndola retumbar con sus pisadas.

El negro monarca parecía muy pensativo, y á juzgar por el siniestro brillo de sus ojos de gato que lucían en la obscuridad como dos linternas, cualquiera podía sospechar una diablura.

De pronto levantó la cabeza, arrojó de la boca el cigarro, que despues de apagado resultó ser el dedo índice de un escribano de actuaciones, y echándose al brazo su sucia y pelada cola, tomó camino adentro por uno de aquellos subterráneos, como disponiéndose á hacer una barbaridad.

—¡¡¡El maldiiiito!!!—chillaron á coro como gallinas que ven el águila, un enjambre de condenados novatos que, despues de sufrir la primera embestida de la bestia, se hallaban atados y temblando á lo largo de un corredor, miéntras les arreglaban los primeros baños de pez hirviendo para calmarles el escozor de los arañazos.

Satanás pasó por su lado sin mirarlos.

—¡Quién te hubiera conocido ántes! murmuraron algunos con desgarradora tristeza, abarcando con una ojeada toda la extension de su desgracia.

Satanás continuó su marcha; atravesó dos ó tres corredores, cuyas agrietadas paredes trepidaban á su paso despertando bandadas de lechuzas; se paró de repente ante una puerta baja y maciza cubierta de gruesos clavos, y para llamar levantó el pie y dió en ella una terrible patada. Al

sonido de esta campanilla temblaron las estalactitas del techo, se desprendió un enorme peñasco y el porton giró sobre sus goznes, descubriendo bajo su dintel un diablo pálido, enjuto de carnes y extraordinariamente atacado de los nervios.

Era Botero, el farmacéutico del establecimiento, que á consecuencia del constante manejo de los venenos se hallaba ya perlático como los mineros de Almaden.

—Tenemos que hablar—le dijo Satanás, penetrando en el obrador sin mirarle el rostro.

El boticario experimentó lo que el raton que recibe el primer bufido del gato y empezó á temblar.

—¡Pin! ¡pan! ¡pun! gritó Lucifer en cuanto estuvo dentro, disparando en las narices de Perico tres espantosas blasfemias que hicieron estremecer el infierno hasta en sus mismísimos cogollos.

Si Botero hubiese podido, se hubiera santiguado; pero en el infierno nadie se santigua.

—Dí, necio ¿qué emplastos son esos que tienes ahí que no valen un alma conservadora?

—¡Señor!—exclamó Botero dando diente con diente;—si te . . . te . . . tengo todo el material renovado. Bu . . . bueno soy yo para consentir que . . . que se me fermente un jarabe ó . . . se me enrancie un unguento.

—Basta de palabras . . . bufó el monarca,—no he venido aquí á charlar en vano, sino á darte lo que mereces: que bien merece quien se atreve á tanto. Vengo á decirte que esto no puede seguir así: mis demonios más hábiles trabajan como quienes son; echan la hiel, y cada día hacemos ménos; no hay medio, la falta no está en ellos, luego está en tí y en tus untos. ¡Ea! trastos al suelo, que quiero pasar revista.

Y diciendo esto, el rey del infierno se encaramó en una silla, y ayudado por el atribulado farmacéutico, empezó á descolgar cacharros llenos de telarañas.

El pobre Perico apenas tenía ya fuerzas para tenerse en pie.

—*Jarabe de los cuatro heresiarcas*,—gruñó Satanás leyendo el primer rótulo.—Esto es más antiguo que el andar á pie.

—*Un nigromántico de aquelarre, uso externo*,—dijo leyendo el segundo.—También es moderno el emplasto. ¡Majadero! ¿Pues qué; estamos aún en los tiempos de las brujas? ¿No sabes, grandísimo bárbaro, que las brujas de ántes han sido sustituidas por el magnetismo y la sugestion?

—*Extracto simple de concupiscencia*. Tú sí que eres simple.

—*Espíritu de vanidad, para resistir los influjos de la Gracia*. También tiene esto gracia.

—*Emplasto de pereza*.

—*Jalea de carnes averiadas*.

—*Electuario de discordia*.

—*Espíritu de soberbia*.

—*Espíritu de lujuria*.

—*Quinta esencia de . . .*

—Ya te daré yo á tí las quintas esencias. Vaya, eres un mentecato; aquí no tienes un específico que valga una conciencia católico-liberal; yo te daré lo que mereces.

—¡Señor! por los cuernos de vuestra infernal majestad tenga compasion de mí; que aún no me he re- puesto del último tormento.

—No hay compasion, eres un bruto, no estudias una palabra, y si no, dí: ¿dónde tienes los nuevos preparados que hoy ha descubierto ya la ciencia moderna? ¿Dónde tienes el verdadero *espíritu del siglo, el espíritu liberal, el espíritu de tolerancia*.

¿Dónde tienes los nuevos frutos laxantes inventados para purgar todas las ideas religiosas, *los frutos del libre exámen, de la ciencia libre, del pensamiento libre*, todos los frutos del *amor libre*, ó sea de la libertad liberal?

Pues no digo nada de los jarabes. ¿Tienes acaso ni siquiera el conocido *jarabe de pico*, tan usado por mis oradores más distinguidos y elocuentes en Parlamentos, clubs, academias, ateneos, y demás blasfemaderos público de Europa? Nada, hombre, eres un mamarracho, y te voy á espavilar como se espavila un candil.

—Pero, señor . . .

—No hay señor que valga. ¡Ea! vas á tragarte de una vez todos los unguentos de tu botica.

Al oír Perico aquella diabólica sentencia se puso del color de la berengena.

—¡Hola, muchachos!—dijo Satanás dando un grito.

Instantáneamente se presentaron en el obrador los que Satanás llamaba *muchachos*; dos zanguangos negros como etíopes, con cada brazo como una viga de ébano, y cada músculo como una cinta de acero.

—Atadme á esa lagartija, y echadle por la boca con un embudo todos los menjurjes que encontréis en la farmacia; pero despacio, porque quiero que los paladee.

Dos minutos despues el farmacéutico estaba atado, y tenía ya metido en la boca un embudo de hoja de lata, que, haciendo oficio de bocina, daba á sus ayes el fatídico sonido de la trompeta del juicio.

—¡Piedad! que me ahogo,—chillaba Perico

—Eso quisieras tú, ahogarte—decía Lucifer sacando tranquilamente la petaca para echar otro dedo de curial.

—¡Misericordia!

—¿Qué dice?—preguntaban los *chicos*, que jamás habían oído esta palabra.

Inmediatamente destaparon el

primer cacharro, y derramaron su contenido en el embudo.

Era esencia de ira.

El cuerpo del boticario se estremeció.

Inmediatamente trajeron otro menjurje, sublimado de soberbia, que coló también.

Botero revolvió los ojos como un perro rabioso y los puso en blanco, retorciéndose como una serpiente.

Acto continuo vino el jarabe de lujuria, el aceite de pereza, los trociscos de gula.

Conforme iban entrando todos estos tósigos, el vientre del pobre diablo se hinchaba como tambor, las angustias eran cada vez más desgarradoras; la mezcla de aquellos traidores venenos producía en su negro espíritu sensaciones y sufrimientos sólo comparables á los de un hidrófobo á quien hubiesen mordido de una vez en la mismísima nuca todos los perros rabiosos de la tierra.

Parecía que la cruel venganza de la Gran Bestia debía estar satisfecha, pero no era así.

De repente los atormentadores trajeron un frasco antiquísimo lleno de telarañas, encontrado en uno de los más oscuros rincones de la rebotica.

—¿Qué es eso?—preguntó Satanás.

—No lo sabemos.

Lucifer sopló el polvo del rótulo y dió un salto atrás. Había oído la *verdad*. Aquel frasco contenía las raspaduras del pellejo de un hipócrita que había entrado al infierno hacía años, y á quien al entrar le habían dado un jabon para que soltara el barniz con que se había cubierto en el mundo.

Repuesto de la primera impresion, Lucifer, en presencia de la verdad, concibió una idea terrible

—Adentro con ella,—exclamó haciendo una seña á los *chicos* y tapándose las narices.

Los verdugos destaparon el frasco, y volviendo la cara para no percibir ni el vaho, abocaron en el embudo aquellos residuos casi desbravados.

Sin embargo, ¡qué terrible efecto! Si el desdichado Botero hubiera podido morir hubiese muerto. Un rugido espantoso salió de sus labios, agitóse en horripitante convulsion, alzóse su vientre hasta agrietar la piel y . . . horror!

La literatura no tiene términos hábiles para expresar lo que allí sucedió. Baste decir que pocos momentos despues corría por el suelo de la rebotica el producto más infernal que se había conocido en el laboratorio del averno: la verdad corrompida y adulterada y mezclada con los siete pecados capitales.

—Vengan esponjas,—gritó Satanás lleno de alegría.—Vengan espon-

jas, que acabamos de resolver por casualidad el gran problema de la química infernal.

—¿Qué es? ¿Qué es?—preguntaron cien mil diablos acudiendo como moscas.

—El espíritu del embrollo, hijos míos, la quinta esencia de la confusión y del enredo; el secreto más admirable que podíamos descubrir para adjudicarnos en poco tiempo la humanidad entera. Recoged, hijos, hasta la última gota, y que no se pierda nada.

Los servidores de Satanás se arrojaron sobre el líquido, y lo recogieron escrupulosamente.

Era la primera vez que tenían escrúpulos.

—¡Al mundo con eso!—gritó Satanás cuando los vio preparados y provisto cada cual de una gran escoba. Recorredlo todo, pero muy especialmente los grandes centros llamados de la civilización.

Las ciencias, las artes, la literatura, la política, que todo lleve su brochazo.

¡Ah! se me olvidaba. Os encargo mucho que carguéis la mano en los Ateneos y Parlamentos; que quien mucho habla, mucho yerra, y allí haremos negocio.

Los diablos partieron, como lo que eran; y Lucifer, después de contemplarlos un rato con diabólica satisfacción, levantó su triste mira a la firmamento.

—¡Jehová! — ¡Jehová! — exclamó; poderosa es tu diestra y grande ha sido siempre tu sabiduría! Con ella creaste una raza de seres para que ocupasen los puestos que nosotros dejamos en el cielo. Yo veré si consigo que esos puestos queden enteramente vacíos. Yo formaré una raza de malvados que me ayuden á vencerte con tus mismas armas. Hasta ahora el bien y el mal andaban separados; tú eras la verdad y yo la mentira: tú enseñabas la virtud y yo los vicios; tu boca brotaba dulzura y la mía blasfemias; pues bien; acabó la distinción, he sido un ignorante. Desde hoy en mi habilidad consistirá mi triunfo. Yo seré *sábio*, yo seré *bueno*, yo seré *distinguido*, yo seré *omnipotente*, yo seré Dios.

Y diciendo esto el rey del averno, cerrando con espantosa ira la puerta de negro calabozo, se acurrucó detrás de ella para echar un sueño infernal mientras sus servidores ejecutaban órdenes dictadas por su odio.

Momentos después se oyó un rumor sordo; el universo parecía temblar, y pudo percibirse como un humo espeso y hediondo que subía de la tierra.

Era que la mezcla infernal empezaba á caer por primera vez sobre el mundo á manera de venenoso rocío, y empezaba á marehitar las po-

cas virtudes que les quedaban á los hombres.

(Concluirá el próximo domingo.)

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

LVII

JESUS Y LA SAMARITANA.

Es la hora de sexta. Lentamente
Camina el sol en el inmenso espacio,
Abrasando la tierra de Samaria
Con sus fulgentes y ardorosos rayos.

En las quebras lejanas de las rocas
Arrulla la paloma, y en los campos
Leves soplan las auras fugitivas,
Y lánguidas las flores de los prados
Y las galanas rosas de los huertos,
Agostadas se doblan sobre el tallo.

Sin temer al calor de medio día,
De Jacob en el pozo legendario
Un hombre permanece silencioso,
Del broquel en el borde reclinado.
Es Jesus. Su pupila candorosa
Insistente se fija en el cercano
Muro de la ciudad; ¿á quién espera?
¿Por qué brilla más pura y va aumentando
La misteriosa luz de su mirada?
No es Jesus el que arroja con el látigo
A la canalla turba empedernida,
Que profana de Dios el templo sacro;
Ni ostenta los brillentes resplandores
Que lo cubrieron del Tabor en lo alto;
Hoy su rostro bellísimo se baña
De suave claridad; y entre sus labios
Se dibuja inefable la sonrisa
Con que dijo: "Levanta, tus pecados,
Magdalena feliz, Yo te perdono."

Una mujer avanza por el llano
En dirección á la vetusta fuente
Llevando sobre el hombro un burdo cántaro.
Se llega, saca el agua, y presurosa
Dispónese á cargar su toseco vaso,
Y á volver á Sicar, cuando le dice
El amable Jesus con tono blando:
"Dame agua de beber." Mas ella entonces
Oyendo al Salvador con grande escándalo
Le responde: ¿Cómo es que agua me pides
Si eres Tú de Judá y te está vedado
El trato con las gentes de Samaria!
—Si la gracia de Dios fuera tu amparo
Y supieras quién te habla en este instante,
De beber le pidieras entre llanto,
Y El te diera raudales de agua viva.
—Mas ¿cómo si el venero está muy bajo,
Y no tienes con qué sacar el agua?
Pues ¿qué serías Tú mayor, acaso,
Que el padre de Israel que abrió este pozo
Para él y sus hijos y ganados?—
—El que bebe de esta agua vuelve luego
A ser de nueva sed atormentado,
Pero aquel que en mi fuente cristalina
Se apresura á mojar sus secos labios,
No sentirá más sed abrasadora;
Porque esta agua, mujer, de que te hablo,
Da al lloroso mortal la vida eterna.
—Quiero esa agua, Señor, que da el descanso,
Para no tener sed, y así evitarme
De venir hasta acá el grande trabajo.
—Vé primero á llamar á tu marido.—
—No tengo.—Dices bien, porque en tus años
Cuentas cinco maridos, y el de ahora,
Bien lo sabes, no duerme en lecho casto.—
—Estoy viendo, Señor, que eres profeta.
Pero dime, ¿por qué ese uso extraño
Que vosotros habeis introducido?
Nuestros padres fervientes adoraron
Al Dios de Abraham en estos montes,
Y vosotros estáis sacrificando
Del templo de Salem en los altares.
—Es verdad, mas nosotros adoramos
Aquello que dichosos conocemos;
Pero, creeme, mujer, que ya es llegado

El tiempo en que adoremos en espíritu
Al padre celestial y sacrosanto:
Porque espíritu es El y quiere amante
Que le den su tributo los humanos
En verdad y en espíritu rendido.
Al oír el acento soberano
De aquel hombre se siente conmovida
La hija de Samaria; mas pensando
Que aquello que decía el extranjero
Sólo al Cristo le estaba reservado,
Así dijo al Señor que la observaba:
"Al venir el Mesías que esperamos,
De El aprenderemos esas cosas."

Concluye la mujer, y el fuego santo
Que irradia de Jesus en las pupilas,
Crece en nuevo fulgor, como los astros
En las hermosas noches del Estío
Cintilan dulcemente en el espacio,
Después de que negruzcos nubarrones
Sus pavorosas caudas han rasgado.
Ve el Señor á la pobre pecadora,
Las sombras de la culpa disipando,
Y le dice: *Yo soy*. En tanto llegan
Sus discípulos rudos admirados
De encontrar conversando al nazareno
Con aquella mujer. Prontos sacaron
De comer las humildes provisiones,
Mas Jesus así habló con dulce calma:
"Yo tengo un alimento más preciado
Que todos los manjares de la tierra;
Si lo ignorais vosotros, hijos caros,
Sabed que mi manjar más exquisito
Es cumplir de mi Padre los mandatos."

(Continuará.)

RECTIFICACIONES HISTORICAS.

No intento censurar el sermón fúnebre, que mi amigo el Sr. Canónigo Lic. D. Lorenzo Olaciregui, Rector del Seminario Conciliar de Morelia, pronunció al clausurarse el Concilio Michoacano, sino tan solo hacer alguna que otra corrección, bajo el punto histórico, que quizá por sus muchas ocupaciones se le deslizó lo que voy á tratar.

Cuando habló del Ilmo. Sr. D. Fr. Antonio Monroy, dijo que había ocupado la silla episcopal de Michoacan.

Ocupar, es lo mismo que: tomar posesión, apoderarse, obtener, gozar ó estar empleado, etc. No es exacto que dicho Prelado ni por sí, ni por apoderado tomase posesión de esa Sede. Se hallaba en plena posesión de la Arquidiócesis de Santiago de Galicia en España, cuando «fué electo, dice el P. Zelaa en sus «Glorias de «Querétaro,» cap. I, Obispo de la Puebla de los Angeles y de Michoacan, «á cuyas mitras no pasó por haberse «empeñado con el Rey la plebe, el «Cábillo y Ciudad de Santiago de Galicia para que no les quitase tan grande y benemérito Prelado, á cuya «súplica accedió su Majestad, y celebraron en todo aquel Arzobispado su «continuación con las más vivas «mostraciones de júbilo y de alegría, «con generales repiques de campanas «y con grandes y lucidas luminarias. «Con esto murió en aquella ciudad á «los 81 años de su edad, después de «haber gobernado su diócesis el largo «tiempo de 30 años, el día 7 de Noviembre de 1715 con universal y «grande sentimiento de todas sus

«ovejas que le amaban tiernísima-
«mente por sus singulares prendas.»
Nació en Querétaro en Julio de 1634
y fué Arzobispo en 1685.

Otra equivocacion me parece no-
tar, cuando el orador aseguraba que
los restos del célebre Fr. Alonso de la
Veracruz descansan en el convento
de los agustinos de Morelia. Podrá ser
así; pero si hemos de dar crédito á
los cronistas de esta Orden, ese religio-
so murió en esta capital, y no consta
dicha traslacion.

Dice Grijalva, c. XI, Edad 4^a,
pág. 190. «Murió el siervo del Señor...
«Enterráronle en medio de la Capilla
«mayor. Halláronse á su entierro el
«señor Arzobispo, Visitador y Gober-
«nador D. Pedro Moya, y la Audien-
«cia Real, con los dos Cabildos, la
«Universidad y todas las Religiones.»
Julio de 1584.

Refiere Basalenque, c. VIII, lib,
I, pág. 39 y siguientes. «Acabó su
«trienio... y retiróse á San Pablo
«(el colegio,) al nido que había hecho
«para morir... murió en su nido...
«A su entierro se halló el Virrey, el
«Arzobispo, Escuelas, todas las Reli-
«giones, con todo lo más del pueblo.»

Si despues fueron trasladados tan
venerables restos á Valladolid, hoy
Morelia, no lo dicen los escritores
posteriores: Eguiara, Beristain, el Dr.
Romero, de la Torre, el Dr. Nicolás
Leon y el Sr. D. Joaquin García Icaz-
balteta, quien además prueba, en su
inmortal Bibliografía del Siglo XVI,
que es un error atribuir al P. Vera-
cruz el que fundara en Tiripitio una
Universidad, como muchos dicen y la
confunden por una casa de estudios
de agustinos. (pág. 78, col. 2^a).

Otra inexactitud se nota en ese
Sermon, y es asegurar que «en nues-
tros días los restos del P. Veracruz
sean objeto de profunda veneracion
de parte de los fieles» puesto que mu-
chos de éstos ni el nombre del P. Vera-
cruz conocen. Creo que tal aserto es
demasiado calor oratorio.

VICENTE DE P. ANDRADE.

MARGARITA.

A Victoriano Agüeros.

I

Margarita estaba triste,
triste y sola—Margarita
que nunca tuvo placeres,
ni nació para alegrías.
Cuando el maternal cariño
hizo falta á su alma tímida,
y preguntó por su madre
á un rodrigon que la mima,
y á una dueña octogenaria
que la cuidó desde niña,
que con el alma la quiere
y amorosa la acaricia;
lleváronla hasta la iglesia
y enseñáronle una fría
sepultura, á los fulgores
de una lámpara bendita.
Allí desde muchos años
su pobre madre dormía,

y allí lloró muchas horas
triste y sola Margarita.

II

Hasta allí se fué una tarde
Margarita desolada,
y ante la fúnebre losa
dijo estas tristes palabras:
—¡Ay, madre! ¡Madre querida!
¡Ay, madre mía del alma!
Con un hombre á quien no quiero
van á casarme mañana.
—¡Mañana... ¡Repitió el eco
de las bóvedas sagradas.
—Sí, mañana, madre mía,
murmuró la desdichada,
creyendo que de la tumba
su madre le contestaba,
y allí derramó á torrentes
el tesoro de sus lágrimas.

III

Es D. Gaspar de Hinestrosa
un señor de horca y cuchillo,
rubio el cabello y la barba,
miradas de basilisco;
nunca en su vida ha llorado,
nunca en su vida ha reído;
negro es su humor como tizne,
y el alma negra, lo mismo.
Con él quieren que se case
Margarita, y se lo ha dicho
á la doncella su padre,
que es indomable y altivo,
que cuando tiene un deseo
necesario es el cumplirlo,
que no se ablanda con lágrimas,
ni con ruegos ni suspiros.

IV

Ha terminado la boda,
ha terminado la fiesta;
Margarita, coronada
de azahar y de azucenas,
de rodillas y gimiendo
en el rincón de la iglesia,
ante la lápida triste
de esta manera se queja:
—¡Ay madre! Ya estoy casada,
y sé que á las seis me espera
el que es mi señor y dueño
y mi albedrío encarcela.
¡Ay madre, madre del alma!
Dime tú, ¿qué me aconsejas?
Antes de partir mi lecho
con quien el alma detesta,
quisiera bajo la losa
que tus despojos encierra
dormir, madre... ¡Dime, madre,
si no es mejor estar muerta!...
—¡Muerta!... Reprodujo el eco
de las bóvedas excelsas.
—¡Muerta! Exclamó Margarita.
—Bien, madre, esta noche mesma.

V

Estaba el sol moribundo
espirando entre tinieblas,
cuando la dama, llorosa,
salió al atrio de la iglesia.
Rumbo á su noble morada
cruzó las calles estrechas.
Llegó á su casa... En su alcoba
entró con frente serena.
Mudos, de ella se despiden
el rodrigon y la dueña,
los únicos que la quieren...
¡Sólo á ellos quiso ella!
Los ojos vuelve hacia el lecho,
los cortinajes despliega;
suenan las seis en los aires,
cuenta las seis y se acuesta.
Reclina en la almohada blanca
la peregrina cabeza,
y conteniendo el resuello
Margarita inmóvil queda.

No respira Margarita,
la acosa el aire y no ceja,
que le niega el paso al aire
su voluntad que es inmensa,
De su tez el blanco lirio

se marchita y se azulea,
hínchase el pecho y se cuaja
su vírgen sangre en las venas.
Oye en son confuso y leve
unos pasos que se acercan...
No oye más... En su cerebro
se han roto al fin las arterias.

—¡Margarita! ¡Margarita!
Grita D. Gaspar y entra
en la estancia—¡Margarita!—
Margarita no contesta:
descorre los cortinajes...
Margarita estaba muerta
con la frente coronada
de azahar y de azucenas.

JOSE PEON CONTRERAS.

Las patatas.

APÓLOGO.

VIVIA en la Mancha un hidalgo
más noble que rico, de sana ra-
zon, y atento á educar religiosa-
mente á sus tiernos hijos, como es la
primera obligacion de todo padre.
Sus hijos eran tres: el mayor se lla-
maba Fernando, el segundo Joaquin,
el tercero Jesus.

Poseía el buen señor un cercado,
y en él quiso ceder á cada uno de sus
hijos un cuadro de terreno, á fin de
que pudieran sembrar lo que mejor
les pareciese. Fernando, que gustaba
de los colores fuertes, sembró su cua-
drado de peonías; Joaquin, más aficio-
nado al amarillo, sembró el suyo de
botones de oro; Jesus era el más cán-
dido de los tres, y prefirió las blancas
azucenas.

El hidalgo sembró las tierras, y
no dijo de qué. A las reiteradas pre-
guntas de los muchachos, contestaba:
«El tiempo lo dirá. Ya vereis, ya ve-
reis lo que sale.»

Entre tanto llegó la deseada pri-
mavera. Los capullos se abrieron, y
las peonías, los botones de oro y las
azucenas lucieron á cual más y me-
jor. Cada rapaz tenía un jardincito
que daba gozo el verle: allí la púrpu-
ra, el oro y la nieve parecían compe-
tir en hermosura.

Pero, y las tierras del padre ¿de
qué color se habían vestido? Allí no
se veían más que unas hojas verdes,
arrugadas y velludas, entre las cua-
les asomaban unas flores blanqueci-
nas que, á decir la verdad, hacían
un papel bastante desairado junto á
sus elegantes vecinitas.

—Pues, señor, decían los mucha-
chos mirándolas con desprecio, no
hay duda en que papá se ha lucido!
¡Vaya un gusto raro! ¡habiendo tan-
tas flores bonitas, ir á escoger seme-
jantes hierbajos!

Pero en pos de la primavera lle-
gó el ardoroso estío. Marchitáronse
las flores y fueron cayendo una tras
otra; inclináronse los tallos, y por fin
y postre, la cosecha de los tres her-
manos se redujo á tres hacecillos de
hojarascas que arrojaron á la lumbre.

Llególe al padre su vez: una ma-

ñana fué al cercado en compañía de sus hijos y dos jornaleros provistos de azadillas, con las cuales escarbaron los surcos; y cádate que salieron á relucir millares de patatas envueltas en sus túnicas amarillentas y rasgadas de modo que se trslaucía un cútis sonrosado y lleno de hoyuelos que distinguen á las patatas mancheguitas de las rechonchas gallegas. ¡Salieron tantas! ¡tantas! que los niños no se daban manos para encerrarlas en los sendos costales preparados al efecto. La cámara (ó granero) quedó surtida para toda el año.

Los muchachos, que gustaban mucho de comerlas (gusto que ojalá pudiera inocularse,) no cabían en sí de gozo; pero este gozo lo acibaraba un remordimiento. ¡Ingratos! ¡habían escarnecido el gusto de su buen padre, miéntras éste se afanaba en provecho de la familia! ¡Necios! se habían adjudicado á sí mismos la medalla del buen gusto, despreciando á las modestas flores que tan abundante cosecha prometían.

El error fué la herencia de los hijos de Adan: los mejores se hallan expuestos á delinquir; pero los buenos, en cuanto la conciencia les avisa, reconocen sus faltas, se arrepienten de haberlas cometido, las confiesan humildemente, y así alcanzan el perdón y la enmienda.

—Papá, dijeron los niños abrazando sus rodillas, hemos sido unos mentecatos: creímos saber más que Vd., y al comparar las flores de las patatas con las de nuestros cuadros, nos decíamos los unos á los otros: «Papá no sabe lo que se pesca. . . .» Perdone Vd. nuestra falta de respeto.

—Por mí estais perdonados, repuso el padre con desusada gravedad; pero es deber mío advertiros que no volvais á juzgar con tanta ligereza, porque podríais equivocaros lastimosamente.

—No, señor, pierda Vd. cuidado; no ha de volver á sucedernos, exclamaron los chicos muy satisfechos: ahora ya conocemos la flor de la patata.

—Pero aún no conoceis el mundo, replicó el hidalgo en tono tambien grave. Con las personas, hijos míos, viene á pasar, poco más ó menos, lo mismo que con las plantas. Hombres y mujeres hay que se distinguen y brillan como las flores que vosotros preferíais á mis útiles patatas; y así como éstas os parecieron despreciables, podría suceder que mirárais por encima del hombro á las personas cuyo mérito se oculta bajo el oscuro velo de la modestia. El mundo, por lo regular, juzga con tanta ligereza como vosotros. olma de aplausos á los primeros, y mira con desdeñosa indiferencia las rudas tareas y los utilísimos trabajos de los segundos.

Amad en buena hora todo cuan-

to brilla y se distingue. Negar homenaje al mérito, es dar claro indicio de no tenerle propio. Admiracion se debé al genio, aplauso al valor, cuando no se aparta de la *justicia*, porque sin ella el héroe deja de serlo. Alabad el *talento*, la *destreza* y la *hermosura*; pero la virtud, hijos míos, la virtud, cuanto más humilde sea, mayor derecho tiene á ser *preferida*.

Llegará el día de la siega, y ese día para el humano es el postrero de su vida. Entónces Dios le pedirá cuenta de sus obras. Si no ha cultivado en este mundo más que las flores brillantes, flores que se marchitan y no dejan trás de sí más que un rastro pasajero, resulta *infalliblemente* que toda su cosecha quedará reducida á un *hacecillo* de hojarasca que arrojará el Señor á la lumbre. Pero, en el surco del humilde, Dios, que ve lo más oculto, descubrirá un tesoro de obras buenas, y el Remunerador eterno ninguna dejará sin recompensa.

Diz que los niños fueron dóciles y aprovecharon grandemente la leccion, porque toda su vida practicaron las virtudes cristianas. En cuanto á colores, no variaron de gusto; los tres alcanzaron *dignamente* la borla de doctores: Fernando en jurisprudencia, Joaquin en medicina, y Jesus en sagrada teología; de modo que sus birretes lucían el encarnado, el amarillo y el blanco de las peonías, de los botones de oro y de las azucenas.

Esto les recordaba los sanos consejos de su excelente padre. Si alguna vez se despertaba en ellos la soberbia, si algun vano pensamiento se deslizaba por su mente, miraban callandito á la borla de sus bonetes, y humillábanse diciendo: ¡Quién sabe si los hombres que calificamos de *ignorantes* tendrán el surco más provisto que nosotros? ¡De qué le sirve al hombre adquirir todos los conocimientos del mundo, si no sabe adquirir la salvacion eterna? . . . La oscura y modesta virtud. . . la *fé* que nos enseña el camino del cielo, vale infinitamente más que toda la ciencia, el poder, la riqueza, los placeres y la gloria del mundo.

MICAELA DE SILYA.

POESIA DESCRIPTIVA

I

Rompe el alba el boton de la mañana con sus dedos de niebla luminosa, y, en la alta cumbre del alcor, se posa una nube de aérea porcelana.

Abajo se adormece la sabana, el valle tiembla, yérguese la rosa, canta el *madrugador*; y rumorosa ríe, cuchicheando, la fontana.

Desde el redil hasta la loma albean, como el granizo, los corderos blancos que saltan y balando juguetean.

Y de la cima oriente por los flancos, ríos de luz descenden y chorrean hasta petrificarse en los barrancos.

II

Batalla el seno de la nube y brota

en explosion de nítida blancura un querubin, en cuya frente pura el lucero gentil palpita y flota.

¡Astro de inmensa luz! Como una gota del mar del éter, inmortal fulgura derramando armonías de ventura que funde el Universo en una nota.

La nota del amor: los aires hiende, por todos los espacios se dilata y hasta el Empíreo su clamor extiende. . . .

El ángel tañe su clarín de plata y el Sol que nace, á sus espaldas prende una clámide regia de escarlata.

III

Sobre la cima del volcan descuella urente llamarada que se esconde en la flagrante horadacion por donde el pulmon de los cíclopes resuella.

El Sol como flamígera centella hiere al volcan que con furor responde, lava y cenizas arrojando, adonde llegar no puede su abrasante huella.

De la montaña al pie duerme la costa; baten las olas los cantiles rojos; su nido el cuervo entre peñascos labra, y el fuego de los trópicos agosta la llanura en que pacen los rastros, la res bermeja y la salvaje cabra.

IV

El espacio es un mar de fuego y oro y de las ondas surge de repente arcángel poderoso cuya frente reverbera como ígneo meteoro.

Tiende las alas con fragor sonoro, chispea su mirada refulgente y á su voz, como el trueno del torrente, acompañan los ángeles en coro.

¡Oh salmo de las fuerzas! ¡Soberana voz que todos los cánticos encierra y vibra por los ámbitos profundos, como el gigante son de una campana fundida en las entrañas de la tierra y forjada en el yunque de los mundos!

V

Sobre el tranquilo lago, oceíduo el día, flota impalpable y misteriosa bruma y á lo léjos, vaguísima se esfuma profundamente azul, la serranía.

Del cielo en la cerúlea lejanía desfallece la luz; tiembla la espuma sobre la onda; y el sarmiento ahuma en el fogon de rústica alquería.

Suenan los cantos pastoriles. Cava la tarda yunta el surco postrimero. Los últimos reflejos de luz flava en los límites brillan del postrero, y á media voz la golondrina acaba su gárrulo trinar bajo el alero.

VI

Ondulante y azul, trémulo y vago, el ángel de la noche se avecina, del crepúsculo envuelto en la neblina y en los vapores gráciles del lago.

Del Septentrion al murmurante halago los pliegues de su túnica divina se extienden sobre el valle y la colina, para librarlos del nocturno estrago.

Su voz tristezas y consuelos vierte; humedecen sus ojos de zafiro auras de vida y ráfagas de muerte.

Levanta el vuelo en silencioso giro y al llegar á la altura se convierte en oracion y lágrima y suspiro. . . .

MANUEL JOSE OTHON.

LAS MALAS LECTURAS.

¿Cuál es el triste resultado de las malas lecturas?

Un río de lágrimas que corriese desde el uno al otro extremo del mundo no fuera bastante para deplorar los estragos que causan. Ellas son las semillas de todos los errores, la carcoma de todas las virtudes, la sentina de todos los vicios: ellas son el veneno de las almas, el escándalo de las familias, la pestilencia de los pueblos, y el arma más poderoso

a que podía inventar Lucifer para herir de muerte los espíritus de los hombres é infiltrar en ellos la malicia de los demonios. Esas perniciosas lecturas son las que van formando esa sociedad sin religion, sin fé, sin conciencia y sin respeto alguno á la ley divina ni humana, y las que llenan nuestras ciudades de gente ruin, brutal, asquerosa, impía, degradada, miserable en esta vida y réproba en la otra: porque no parece sino que viene á este mundo para llenar la tierra de abominaciones, y pasar despues arrastrada por la inmunda corriente de sus vicios á la cloaca del infierno.

Y si no que lo digan los hechos que estamos presenciando.

¡Sálvate á tí mismo! oh querido lector: sálvate de este universal contagio, y si no quieres perecer seguramente, arroja de tus manos todo periódico ó libro perverso, como arrojarías al punto un vaso de veneno mortal.

Y no digas lo que dicen tantos necios: *Leeré lo que quiera y creeré lo que me da la gana*; porque si el mal autor ó redactor es más astuto y ladino que tú, te hará creer lo que pretende, aun sin que tú lo observes, ni caigas en la cuenta. Si hubieses hecho profundos estudios en filosofía y religion y demás ciencias, descubrirías los sofismas con que encubren su falsedad y malos intentos. Pero habiendo tú pasado la vida trabajando y comiendo con el sudor de tu rostro, claro está que no puedes replicar á los argumentos que te pone ni discernir lo falso de lo verdadero; y si al propio tiempo halaga tus pasiones y te divierte y hace reír con sus gracias y donaires, fácilmente le darás crédito, y su libro ó periódico te parecerá tan infalible como la Sagrada Escritura.

Por esta causa, ha prohibido siempre la Iglesia las malas lecturas; porque así como una madre no permite á sus hijos comer alimentos adulterados y ponzoñosos que los ponen enfermos y los matan, así la Iglesia, viendo que los libros y periódicos malos causan tan grandes estragos en los fieles, y que si no los leen, conservan la fé y se salvan, y si los leen, la pierden y se condenan; con suma prudencia y maternal amor ha prohibido siempre semejantes libros venenosos, y sólo concede licencia para leerlos á las personas instruidas y virtuosas que desean enterarse de ellos con el fin de refutar los errores y herejías.—*Hojitas populares.*

ORACION.

Acordaos, Virgen piadosa,
Que á nadie decir se ha oído
Que el que á Vos halla ocurrido
Implorando proteccion
Se viera desamparado.
Guiado por esta confianza
En Tí pongo mi esperanza,
Y á Tí elevo mi oracion.
No quieras, Madre querida,
Mis súplicas desechar,
Cansado ya de llorar
Mi refugio busco en Vos;
Escuchadme favorable,
Atended mi ardiente ruego
Y dadme, Señora, luego,
Un constante amor á Dios.

Metrofilo.

Querétaro.

UN VIEJO DE ANTAÑO.

Un veterano, que había hecho la campaña de Rusia, acribillado de heridas, vivía retirado en una pequeña aldea con la módica pension de una cruz adquirida á costa de su sangre.

En los domingos formaba sus delicias, despues de la Misa mayor, el verse rodeado de los jóvenes, á quienes de un modo rudo y algo brusco contaba sus aventuras, en las cuales intercalaba algunas reflexiones que le sugería su experiencia.

Otras veces les hacía su lectura que interrumpía á menudo para narrarles alguna historietita, porque, segun decía, "un sencillo ejemplo vale más que los mejores discursos."

Un día, despues de haberles referido algunos casos que tenían relacion con los mandamientos de la ley de Dios, añadió:

"Una conclusion, queridos jóvenes, porque siempre conviene sacar una conclusion. Soy ya muy viejo, como podeis ver por las pocas canas que me quedan. Pues bien; durante los largos años de mi vida he observado ocho cosas, que os ruego conserveis en la memoria. Si así lo hiciéreis, y viviéreis conforme á ellas, os garantizo, palabra de granadero, que viviréis en paz, seréis dichosos en este mundo, que al cabo y al fin no es más que un vivac, aun cuando pasáseis en él, una tras otra, tres vidas largas como la mia.

"Héos aquí, pues, las ocho observaciones que he hecho en mi vida:

1. Las oraciones de la mañana y las de la noche jamás retardan el trabajo.

2. El trabajo los días festivos á nadie enriquece.

3. La blasfemia trae desgracias. Raras veces he visto á un blasfemo de profesion vivir tranquilo, y no morir desgraciadamente.

4. Un hijo rebelde y de mal corazon para con sus padres tarde ó temprano no deja de sufrir un castigo espantoso aun en esta vida.

5. El odio es un cáncer del corazon: los hurtos no hacen prosperar.

6. Las limosnas y las buenas obras no llevan á nadie al hospital.

7. Muy caras se pagan en la vejez, si es que se llega á ella, las necesidades y calaveradas de la juventud.

8. Finalmente, notad bien este punto, porque es muy interesante: cuanto más bravo se muestra uno contra Dios en vida, esto es, cuanto más uno se burla de sus mandamientos, más tiembla en la hora de la muerte.

"Sí, amigos míos, creed á mi experiencia de muchos años: mis ojos han visto muchas cosas de todos colores, mis orejas han oído cosas muy extravagantes; pero os aseguro que la dicha sólo se encuentra en la vida cristiana."

DELIRIOS.

Perdida la calma
¿Qué quieres, Rosaura que busque mi sér?...
Objeto no tiene la vida sin alma
Y tú eras el alma, hermosa mujer.

Llevóse el destino
Mi dicha y ventura; ya todo perdí,
En vano yo busco de nuevo el camino
Que un tiempo miraba tan cerca de mí.
Dejaste de amarme
Y en sombras se cubre mi cielo de amor;
Más grato me fuera al cieno arrojarme,
Sus miasmas me dieran profundo sopor.

Muriera tranquilo
En medio de un sueño muy dulce feliz,
Hallando en la tumba; oh Dios! el asilo
Que en vano yo busco tan léjos de tí.

Mas, qué es lo que pido...?
¿Acaso la gloria, la dicha ó placer?
No... nada!!... Tan sólo yo quiero el olvido,
Tan sólo ambiciono la calma tener.

Que venga el consuelo,
Con ansia lo espero cual fin á mi mal,
Si acaso no llega, entónces mi anhelo
Trocarse veré en un sueño fatal.

En vano yo lucho
Buscando la calma con férvido afan,
Doquiera la voz del destino yo escucho
Que dice: ¡Insensato! la vida es sufrir.

Mas vivo soñando
Con dulces felices quimeras de amor,
Que espero cual ántes por siempre gozando
Vivir á tu lado sin este dolor.

Metrofilo.

Querétaro 1897.

LA VIRTUD.

Quando la mar horisonante estalla
E impetuosa queriendo con su brío
Recobrar su invencible poderío,
Sacúdense y batalla,
Díme, ¿no te recrea
El contemplar que miéntras más se azota
Más blanca y pura brota
La espuma que subiendo juguetea?

Tambien, como la mar embravecida,
El Océano hirviente de la vida
Martiriza y espanta;
Y la virtud por siempre combatida,
Cual la espuma, más bella se levanta,
Buscando con anhelo
Seguro asiento en la region del cielo.

Ignacio Ancona Horruytiner.

LECCION MATERNAL.

En una noche plácida y hermosa
dije á mi madre, que miraba al cielo:
—¿Qué es el amor?...—De pronto, cariñosa
sonrió,.... pero llorosa
luego á sus ojos acercó el pañuelo....

Otra ocasion, á orillas del torrente
que bullicioso y rápido corría,
niño feliz, le pregunté inocente:

—Madre, ¿qué es poesía?
—¡Esta! me dijo, y me besó en la frente....

Así aprendí y hoy sé por experiencia
que risa y llanto es el amor sublime,
y que si hay poesía en la existencia,
en el alma su esencia
el beso de una madre es quien la imprime.

J. A. Sofía.

ORACION.

PARA MI HIJITA MATILDE.

Virgen que en el cielo moras,
Que del bien eres la fuente,
Y siempre, dulce y clemente,
Con el que padece, lloras.

De mi existencia las horas
Perfuma con tus favores;
Vé piadosa á los autores
De mi vida, noche y día,
Y recibe, Madre mía,
De mi cariño las flores.

Francisco González y Fernández.

SUS OJOS.

La luz celeste que en sus ojos brilla
cual brillan las estrellas en el cielo,
es el reflejo del más puro anhelo
engendrado por alma sin mancilla.

Es del fulgor divino la semilla
que recorriendo de la gloria el velo,
aporta al corazon dulce consuelo
cuando al dolor el corazon se humilla.

Sintetizando en ella la dulzura,
el Supremo Hacedor vertió en sus ojos
todo un mundo de amor y de ternura;
y al rendirme su mágica influencia,
venero yo esa luz puesto de hinojos,
porque sus ojos son del cielo esencia.

OCASO.

La frente ensangrentada
Moja el sol en diluvio de dolores:
Y la tarde su hermosa idolatrada,
Va enjugando la sangre derramada
Por aquel sol, sultan de sus amores.
Y en ataúd dorado
Húndelo al fin... y en el momento mismo
Ruedan ámbos al fondo horripilante,
Y el genio de la sombra y el mutismo,
Al ver aquellos muertos, sollozante
Prende todos los cirios del abismo.

Julio Flores.
[Colombiano.]